



Título: *Babel*
 Director: Alejandro González Iñárritu
 País: México/EE UU, 2006

Luis García Orso, s.j.

Un matrimonio norteamericano intenta rehacer su relación y comunicación, puestas en crisis, en una excursión turística por Marruecos; en el mismo desierto marroquí, dos hermanos adolescentes cuidan chivas y ensayan su puntería con un rifle recién adquirido por el padre; en California, una mujer de origen mexicano cuida los pequeños hijos del matrimonio en viaje; y en Japón, una colegiala padece las limitaciones y las burlas de su condición de sordomuda.

Flash

La presentación inicial de estos personajes en *Babel*, la última historia filmada por Alejandro González Iñárritu con guión de Guillermo Arriaga, no parece indicar alguna relación entre ellos; sin embargo, la cinta tiene en común que todas las historias se desarrollarán en algún desierto: el marroquí, el californiano, y el “desierto” de miles de luces de publicidad en Tokio; desiertos tan distantes geográficamente pero tan semejantes. El desierto como lugar simbólico de soledad, de ausencia de comunicación y de relaciones, y como búsqueda fatigosa por encontrar un oasis. Es *Babel*: la confusión, la dispersión, la incomunicación, según el relato bíblico: “El Señor los dispersó de allí por toda la tierra y dejaron de construir la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de todos los habitantes de la tierra y desde allí los dispersó” (Génesis 11, 8-9)

El disparo de un rifle unirá de pronto, como por accidente y también necesidad, a todos los personajes; cambiará el rumbo de la historia y los afectará para siempre. “El aleteo de las alas de una mariposa puede sentirse al otro lado del mundo”, dice un proverbio chino, revelando cuánto podemos estar profundamente vinculados y afectados aunque nos creamos distantes y distintos. Un accidente fortuito, un evento inesperado, una decisión repentina, entrecruza vidas separadas y nos conecta con nuevas decisiones por tomar y nuevos caminos por andar (como ya sucedía en *Amores perros* y en *21 Gramos*, de los mismos realizadores mexicanos).

Y a partir del disparo, la herida provocada, en un acto imprudente que no mide las consecuencias sobre otros. Hay una herida física, pero hay también cantidad de heridas emocionales en cada uno de nosotros y en cada vida humana. Cada uno de los personajes de esta historia coral es *Babel*; cada uno carga su soledad, sus límites, sus necesidades, su confusión. Frente a esa herida y ese *Babel*, la película de Iñárritu parece decirnos que solamente cuando sintamos o no la herida del otro, cuando en ella vea-

mos a otro ser humano semejante, podremos empezar a manifestar verdaderamente lo que somos: egoístas o solidarios, distantes o cercanos, intransigentes o comprensivos, prójimos o extranjeros.

Lento y paciente, oscuro y doloroso proceso de acercamiento a la herida, al Babel, de cada uno; unos lo querrán hacer y otros no. El coro de personajes en la película va creciendo: el grupo de turistas, el guía nativo, la aldea que aloja a la mujer herida, la policía marroquí, la norteamericana y la japonesa, los diplomáticos, los jóvenes nipones, el padre japonés cazador, los agentes norteamericanos de migración... Las respuestas van siendo tan distintas y personales, pero también tan semejantes. Iñárritu cree en el Espíritu que nos puede unir a todos, pero también denuncia en imágenes el Babel que seguimos creando para separarnos como pueblos y naciones, con leyes y acciones injustas, discriminatorias y lesivas de la dignidad humana. No en balde, en *Babel* los pobres son señalados como ilegales o terroristas.

El Premio Ecuménico del 59º Festival Internacional de Cine de Cannes, en Mayo de 2006, fue para la película *Babel*. El Jurado Ecuménico (de Signis e Interfilm) señaló en la justificación del premio: "Nuestro mundo confía en una supuesta forma de comunicación global, inmediata y exhaustiva. Pero esto es una simple ilusión que engendra el aislamiento, el prejuicio y el temor frente al 'otro' (persona, cultura, comunidad, generación, género,...). *Babel* muestra que una relación verdadera sólo se puede alcanzar a través de la renuncia al control de todas las cosas para abrazar las fortalezas y debilidades de cada uno".

Para romper con Babel, para sanar la herida, hay que acercarse a las personas y tratar de hacer propia la herida del otro y abrazarlo. Es el espíritu de compasión que nos hace prójimos y va creando comunión. Así es en la película: el acompañamiento fiel y entero de Richard a su esposa Susan, la solidaridad bondadosa del guía marroquí, el amor entrañable y herido de los dos hermanos adolescentes, los brazos de Ame-

lia que cargan penosamente a los niños por el desierto, el abrazo del joven policía que cubre la desnudez y la soledad de Chieko, y la mano de su padre que la sana... Es el Espíritu que nos invita a hablar otros lenguajes diferentes en un mundo de hombres y mujeres que no acaban de reconocerse como criaturas que viven por el mismo Creador y tienen a un Padre común.

Signis

